

La obra filológica de Capmany: notas sobre autorrepresentación, nacionalismo y recepción

JOSÉ CHECA BELTRÁN
(CCHS, CSIC, Madrid)

Résumé. Cet article étudie l'œuvre philologique de Capmany. Il expose et analyse les différentes formes à travers lesquelles l'auteur catalan s'auto-représenta, les nuances cosmopolites et nationalistes de ses œuvres, ainsi que leur réception dans l'Espagne de l'époque. L'auteur tente de démontrer que se succédèrent trois étapes dans la pensée philologique et l'attitude politique de Capmany, qui évolua depuis un radicalisme *afrancesado*, moderne et éclairé initial jusqu'à une position puriste, anti-française, nationaliste et presque réactionnaire, en passant par une étape intermédiaire de modération et d'équilibre.

Mots-clés. Capmany, XVIII^e siècle, Lumières, autoportrait, nationalisme, réception, cosmopolitisme, Guerre d'Indépendance espagnole

Abstract. This article aims to explore the philological works of Capmany. It aims to expose and analyze the different ways of the Catalan author's self-representation, the cosmopolitan and nationalist overtones of his works and their reception in Spain of the time. The author attempts to demonstrate that there were three stages in the philological thought and political attitude of Capmany, which evolved from an initial Frenchified modern and enlightened radicalism to a purist position, anti-French, nationalist and almost reactionary, going through an intermediate stage of moderation and balance.

Keywords. Capmany, Eighteenth century, the Enlightenment, self-portrait, nationalism, reception, cosmopolitanism, Spanish war of Independence

«¿Qué diría de mí la patria?
¿Qué pensarían los buenos y los malos de mi silencio? ¡Yo mudo ahora!
Yo que hace tantos años que no he empleado la pluma y mi celo
sino en honra y gloria de mi nación»
Capmany, *Centinel contra franceses*, 1808

Hace ya muchos años¹ publiqué un artículo sobre el catalán Antonio de Capmany y Montpalau (1742-1813) en el que comencé citando unas palabras de Pierre Vilar acerca de la necesidad de un estudio profundo sobre este autor, «un des esprits les plus

¹ José CHECA BELTRÁN, «Una retórica enciclopedista del siglo XVIII: la *Filosofía de la elocuencia*, de Capmany», *Revista de Literatura*, t. L, n° 99 (1988), p. 61-90.

avancés, les plus philosophes de son temps»². Efectivamente, Capmany fue una de las figuras señeras del siglo XVIII español. Publicó importantes obras en el ámbito de la historia económica, comercial, diplomática y política, así como en el campo de la filología, retórica, historia literaria y lexicografía. Los historiadores discrepan sobre su adscripción política y sobre su posible evolución ideológica. Me ocuparé en estas páginas de algunas de sus obras pertenecientes al segundo campo que acabo de citar, en el que también podemos hallar huellas de su ubicación política: en la *Centinela contra franceses* escribió que en sus obras filológicas su «objeto era más político que gramatical».

Tras las citadas palabras de Pierre Vilar se han publicado varios estudios que nos han permitido conocer mejor la figura de Capmany. Entre esas aportaciones destaca en primer lugar las de la profesora Françoise Étienvre, culminadas con su monumental libro *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières. L'œuvre linguistique d'Antonio de Capmany (1742-1813)*³. Sus investigaciones iluminaron aquella laguna de la historiografía española sobre Capmany y, por otro lado, explicaron admirablemente el trasfondo filológico-político de la España de la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX, en su contexto europeo y en sus relaciones político-culturales con Francia. La profesora francesa examinó y corrigió los precedentes conocimientos sobre su figura –incompletos y, a veces, contradictorios–, acopió nueva documentación, que manejó con el rigor, escrúpulo e inteligencia que caracterizan sus investigaciones, y ofreció a los dieciochistas un trabajo imprescindible.

Como homenaje a la profesora Étienvre, desempolvo mi antigua «tesi di laurea», presentada en 1986 en la Universidad de Bologna, sobre *Capmany y las dos versiones de la Filosofía de la elocuencia, (1777 y 1812)*, y mis artículos sobre Capmany⁴ para, con el fundamental apoyo de las aportaciones de Étienvre y de otros estudiosos, ofrecer una mirada panorámica y resumida del personaje y de su obra filológica, examinando concreta y sintéticamente cómo decidió autorretratarse en esas obras, los matices cosmopolitas o nacionalistas que las caracterizan y la recepción que tuvieron en su época. Más exactamente, en forma de apuntes sueltos y sin ánimo de exhaustividad,

² Pierre VILAR, «Antonio de Capmany: des lumières et des ombres», *Actes du IX^e Congrès des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur*, Dijon, Université de Dijon, 1973, p. 188.

³ Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières. L'œuvre linguistique d'Antonio de Capmany (1742-1813)*, Paris, Honoré Champion, 2001.

⁴ José CHECA BELTRÁN, «Una retórica enciclopedista del siglo XVIII», *art. cit.* y José CHECA BELTRÁN, «La Retórica como artefacto político», José Miguel Delgado Barrado (dir.), *Andalucía en guerra. 1808-1814*, Jaén, Universidad de Jaén, 2010, p. 287-295.

propongo distinguir tres etapas en la evolución filológica y en la actitud política de Capmany.

El autor de *Centinela contra franceses* (1808) sostuvo que en aquellos años de la Guerra de la Independencia, «todos somos soldados, los unos con la espada y los otros con la pluma». La verdad es que Capmany fue durante toda su vida y en toda su obra un soldado de la pluma, en lucha permanente por sus ideas, su patria y sus intereses personales. Quizás esta actitud sea una constante en la generalidad de los letrados de todas las épocas, pero es especialmente nítida en Capmany. Veamos cómo se presentó y cómo fue recibido, y examinemos los componentes nacionalistas que presenta su obra. Todo ello en un breve recorrido cronológico donde contemplaré su cambiante autorrepresentación y nacionalismo, cambios que se explican en función de la situación política, de los objetivos personales y de los apoyos institucionales con que el autor catalán pudo contar en cada momento. Efectivamente, aquella autopresentación estuvo determinada por condicionantes ideológicos, partidistas y oportunistas, en un contexto donde se discutían conceptos en la órbita del reformismo, el enciclopedismo, los *philosophes*, el patriotismo y cosmopolitismo, las apologías, lo viejo y lo nuevo, la Revolución Francesa, etc. De igual manera, las «lecturas» que de él y de su obra se hicieron estuvieron determinadas por los mismos factores.

Como preámbulo, recordemos que Capmany no se presentaba de igual manera al comienzo de su carrera como letrado, hacia 1773, que al final de esta, hacia 1813. El paso del tiempo, los diferentes contextos políticos y sus personales estrategias profesionales fueron conformando una posición ideológica y política diferente en el Capmany de una y otra época. Asimismo, la recepción de su obra y su persona cambió según dichas motivaciones.

Así pues, ¿hubo dos Capmany, tal y como algunos críticos han sostenido? ¿Uno galófilo e ilustrado y otro, posterior, galófobo y reaccionario? En el ámbito de la Historia, escribía Pierre Vilar: «E. Giralt, E. Lluch, A. Elorza, et –je le vois– François Lopez, sont tourmentés par les apparentes contradictions d'un Capmany porte-parole d'une bourgeoisie de négociants, qui aurait dû tout miser sur la liberté économique, et qui se lance, non seulement en 1778, mais dans l'ensemble de son œuvre, à la défense des corporations». La explicación que respecto a esas aparentes contradicciones halla el estudioso francés es la siguiente: «L'instinct profond de Capmany était traditionaliste et conservateur. Son intelligence était novatrice sinon révolutionnaire. Le conflit était en

lui»⁵. Es posible que esta interpretación de Pierre Vilar esté en lo cierto, pero yo, en el ámbito de su obra filológica, no historiográfica, he hallado una explicación que se sustenta en su evolución ideológica y en su interesada y personal acomodación a las distintas y sucesivas realidades políticas. Evidentemente, estas dos explicaciones pueden ser complementarias.

Entre los filólogos ha habido interpretaciones dispares por lo que se refiere a los dos Capmany: a propósito de las dos versiones (1777 y 1812) de la *Filosofía de la elocuencia*, Milá y Fontanals opinaba que en la primera edición «se ve al innovador amigo de las cosas forasteras y envanecido con los adelantos del siglo a que pertenece, en la segunda al anciano descontento, al reaccionario, según diríamos ahora»⁶. También Menéndez Pelayo compartía esta opinión: entre las dos versiones «hay variantes tan considerables, que casi hacen de ellas dos libros distintos en plan y forma»⁷. Sin embargo, Juretschke no opinaba igual: «siguiendo a Menéndez Pelayo, muchos críticos hablan de dos Capmany, el progresista y el conservador, el profrancés y el antigalo [...]. Su evolución fue mucho menor de lo que normalmente se cree»⁸.

En nuestra opinión, Capmany pasó de una actitud autocrítica con respecto a España hasta un elogio desmedido de esta; de un fervor ante lo extranjero y lo moderno a una apología de lo propio y lo antiguo; de un cosmopolitismo militante a un localismo reduccionista; de una actitud política cercana a los «philosophes» hasta una militancia antiquintanista que muchos historiadores han interpretado, quizás exageradamente, como una posición reaccionaria durante las Cortes de Cádiz. Lo cierto es que la cambiante situación política influyó mucho en la forma en que Capmany se presentaba: la revolución francesa ocasionó que muchos ilustrados españoles moderaran sus ideas de progreso; después, la invasión y la guerra contra Francia no permitían la indiferencia; o se abrazaba el papel de afrancesado o se estaba contra Francia. Capmany huyó de Madrid en 1808 y ese mismo año, como ya hemos anotado, escribió en la *Centinela contra franceses* que «desde hoy todos somos soldados, los unos con la espada y los otros con la pluma»⁹.

⁵ P. VILAR, *op. cit.*, p. 99-100.

⁶ Manuel MILÁ Y FONTANALS, *Obras completas*, Barcelona, Alvaro Verdaguier, 1892, t. IV, p. 297-298.

⁷ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, CSIC, t. I, 1974, p. 1106.

⁸ Hans JURETSCHKE, «La contestación de Capmany a Cadalso y su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia», *Revista de la Universidad de Madrid*, t. XVIII, n° 69 (1969), p. 220-221.

⁹ Antonio de CAPMANY, *Centinela contra franceses*, ed. de Françoise Étienvre, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008 [1era edición: 1808], p. 5.

En los primeros escritos de su carrera, Capmany estaba muy interesado en presentarse como un autor moderno, avanzado, ilustrado, e incluso cercano a las ideas de los «philosophes». Perteneciente al círculo de Olavide, era esa la ideología y actitud política que le interesaba defender públicamente, en una España en la que aún se permitían manifestaciones de ese tipo. Poco después, tras el proceso a Olavide, la libertad de expresión se vio comprometida.

Así, en su primer escrito, *Comentario sobre el Doctor Festivo* (1773)¹⁰, bajo el seudónimo de Pedro Fernández, Capmany ataca la actitud antiespañola de Montesquieu –que criticó todos nuestros libros excepto el Quijote–, pero también se muestra contrario a la respuesta de Cadalso, excesivamente complaciente con España, sostiene. Capmany se presenta como un patriota, pero autocrítico con su país: España es la nación que menos ha contribuido «para hacer la Europa moderna tan superior a la antigua», una opinión igualmente sostenida por los «philosophes» franceses, que también criticaron a la nobleza española por su inoperancia; el honor, según estos, y según Capmany, no se hereda, sino que está relacionado con la práctica del trabajo bien hecho. El autor catalán participa en el debate contemporáneo censurando a los apologistas de una España anacrónica, anclada en el pasado, misoneísta, escolástica, retrasada, en un siglo iluminado por el «espíritu filosófico», con una ciencia basada en el método experimental, con espíritu crítico y con buen gusto. Por ello, batalla para que España abandone su parálisis y aprenda de los países europeos más sabios, Francia e Inglaterra sobre todo. Junto a ello, Capmany no olvida manifestar su amor por la patria, pero sin despreciar a las otras naciones; tampoco olvida el elogio a hombres poderosos políticamente, como Campomanes y Olavide, a la sombra de los cuales, más concretamente de este último, pretendía progresar personalmente.

Escojo algunos párrafos representativos del espíritu de su discurso: «Entre nuestros libros antiguos se encuentran algunas cosas preciosas, ahogadas y envueltas con mil cosas despreciables». «Por tanto no tienen razón nuestros paisanos de enfurecerse contra aquel que les diga que la España ha dormido siglo y medio [...]. Debemos pensar que valemos poco, para esforzarnos a valer mucho [...]. No adelantemos el amor de la patria

¹⁰ Es un comentario a la crítica que Cadalso hizo, en sus *Eruditos a la violeta* y en su *Suplemento*, a la «Lettre LXXVIII» de las *Lettres persanes* de Montesquieu. Fue publicado en 1963 por Julián Marías, que supo descubrir la importancia de este manuscrito pero no consiguió identificar a su autor, mérito que corresponde a Glendinning (Nigel GLENDINNING, «A note on the authorship of the Comentario sobre el Doctor Festivo», *Bulletin of Hispanic Studies*, t. XLIII, n.º 4 (1966), p. 276-283) y a Juretschke (Hans JURETSCHKE, «La contestación de Capmany a Cadalso y su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia», *art. cit.*). Véase Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, *op. cit.*, p. 21-30.

hasta el amor de sus abusos». Y no renuncia, además, a «buscar la luz entre los extranjeros»¹¹. Capmany se autorretrata, en definitiva, como un patriota cosmopolita, crítico con los defectos de su país y reconocedor de la superioridad de algunos países extranjeros. Se identifica y se congracia, por tanto, con el pensamiento filosófico de sus eventuales valedores, apoyado, además, desde las instituciones.

La *Carta al M.R.P. Manuel Gil*, también de 1773, corrobora la intención de Capmany de presentarse como cercano ideológicamente al estamento reformista y al grupo de Olavide¹². Asimismo, su *Discurso de A. de Capmany en el día de su recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras* (de 25 de junio de 1773) confirma su intención de presentarse como un hombre ilustrado: «confesemos las ventajas de este siglo que ha hecho de la Europa entera una escuela general de civilización», no busquemos nuestros modelos en tiempos y naciones lejanas, sino en la Europa contemporánea, «en un tiempo en que los matemáticos no son temidos como hechiceros y los sabios como impíos». «Dejemos declamar a algunos contra las luces de este siglo con las mismas luces que él les ha comunicado [...]. Defendamos nosotros los derechos de la Sabiduría». Bendigamos el día en que la nación «abriendo los ojos a la verdadera sabiduría triunfará de las preocupaciones, que son sus más terribles enemigos»¹³. Así pues, la sabiduría y la ciencia frente a los prejuicios y la superstición.

También la *Filosofía de la elocuencia* de 1777 evidencia la inequívoca intención de Capmany de presentarse como un defensor de la Ilustración, de las reformas, de la modernidad. Lo demuestra el uso positivo de ciertas palabras clave como «sensibilidad», «humanidad», «ciudadano»: «los objetos de las pasiones de la oratoria deben ser siempre cosas grandes [...], el bien de la humanidad, la salud de la patria, la vida del ciudadano...»¹⁴. Pero sobre todo la inclusión de la palabra «filosofía» en el título de su obra es enormemente significativa. En la edición de 1812 escribirá, refiriéndose a 1777: «Y habiendo yo puesto los ojos en el título antes de tomar la pluma...»¹⁵. La palabra «filosofía» aludía a un análisis científico, y no preceptivo, también en el mundo de las letras y las artes. Capmany explicaba en 1777 que no escribía «para gramáticos y fríos puristas, sino para hombres que sepan sentir y pensar».

¹¹ Julián MARIAS, *La España posible en tiempos de Carlos III*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1963, p. 201-205 y p. 214-218.

¹² Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, op. cit., p. 30.

¹³ *Discurso de A. de Capmany en el día de su recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, manuscrito, Sevilla, Academia de Buenas Letras, XII, 25-I-12, p. 205-209.

¹⁴ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Madrid, Antonio de Sancha, 1777, p. 121.

¹⁵ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Londres, H. Bryer, 1812, p. 7.

Está subrayando que la suya no es una retórica al uso, sino nueva, diferente, contraria a reglas y preceptos, y favorable a una reflexión y una enseñanza empíricas, con lo que manifiesta una posición estética cercana al sensualismo: «Hasta aquí la elocuencia se ha tratado entre nosotros por preceptos más que principios; por definiciones más que por ejemplos; y más por especulación que con sentimiento». Una retórica filosófica, dice, es la que combina «el origen de las ideas con los afectos», la que estimula «el entendimiento y corazón de los lectores»¹⁶. Esta apelación a la recepción lectora y al «sentimiento», valores en alza entonces, demuestra la intención de modernidad de Capmany, evidente también en sus correcciones «relativistas» a la universalidad del clasicismo: «Es menester distinguir los tiempos, las costumbres, el gusto, el estado de la literatura y la calidad de los escritores». Y más adelante: «pues quien duda que las diferentes posiciones, tiempos y países no dispongan al hombre a dejarse impresionar de unas pasiones u objetos primero que de otros»¹⁷.

Su deseo de identificación con lo «filosófico» y los «philosophes» es notorio en 1777. En este sentido, no es casual que gran parte de esta obra sea un plagio de la *Encyclopédie*; diversas entradas de D'Alembert, Voltaire, Diderot, Beauzée, Du Marsais, Girard, fueron copiadas casi literalmente¹⁸. Su intención de presentarse y ser reconocido como «philosophe» se confirma por el hecho de que pidiera a su amigo Viera y Clavijo, residente en París, que entregara un ejemplar de su libro y una carta a D'Alembert, quien no contestó a Capmany.

La novedad de su tratado de Retórica es incuestionable. Probablemente, Olavide influyó en el autor catalán para que redactase aquel novedoso texto sobre la «elocutio», recomendándole además a qué fuentes podría acudir: la convivencia de los dos escritores en Andalucía pudo ser decisiva para que Capmany redactara su obra basándose en «lo mejor que haya en los nuevos libros», según el peruano recomendaba en su *Plan de estudios para la Universidad de Sevilla*¹⁹. Capmany se presenta en la *Filosofía* como un ciudadano de su siglo, contrario en su estilo de escritura a los anticuados de siglos anteriores: «Espero que en el siglo décimo octavo y en un libro que trata la elocución oratoria por un término nuevo, y con principios más luminosos de los

¹⁶ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Madrid, Antonio de Sancha, 1777, p. VII-IX.

¹⁷ *Ibid.*, p. XVIII y p. 121.

¹⁸ José CHECA BELTRÁN, «Una retórica enciclopedista del siglo XVIII», *art. cit.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 65-67.

que se solían leer en nuestras obras, me disimularán los anticuarios alguna vez la frase, y también la nomenclatura, desconocida en el siglo de los Olivas y los Guevaras»²⁰.

En efecto, Capmany no se apoya en las autoridades clásicas; a las que empequeñece comparándolas con los autores modernos:

Los antiguos se miran en perspectiva [...]. Con el transcurso de los siglos han depuesto todo lo grosero y solo ha quedado lo espiritual [...]. Así, alma, genio, espíritu, numen, talento, son los signos con que se los representa la posteridad, esta que halla héroes a los hombres que nunca lo fueron para su ayuda de cámara [...]. Pido que estas reflexiones se me perdonen en obsequio de la verdad, y defensa de nuestro siglo [...], demos honor a los que con sus luces y doctrina nos llenan de beneficios²¹.

Capmany, así pues, se presenta como moderno, no acude a las autoridades retóricas clásicas como solía hacerse, sino que acude –sin declararlo– a los enciclopedistas franceses. En definitiva, el autor catalán se presenta como un defensor de la edad ilustrada que le ha tocado vivir, una época «que acaso formará la época más memorable en los fastos de los conocimientos humanos»²². En la España de mediados de los setenta aún se podía defender, como hizo Capmany, aquella asociación de filosofismo, enciclopedismo, cosmopolitismo y gusto por lo nuevo.

Capmany escribió en 1812 que su *Filosofía* de 1777 fue recibida «con general aplauso»²³, y aunque no se han localizado reseñas en la prensa de la época es de suponer que así fue entre el estamento progresista de aquella sociedad. Sin embargo, tenemos noticias de los recelos que provocó en los elementos conservadores: por ejemplo, Forner atacó a Capmany en sus *Exequias de la lengua castellana*, aunque sin mencionar su nombre:

Filósofo infernal, nacido, como otros menguados de tu infeliz patria, para convertir su literatura en monstruo horrible. ¿Qué filosofía, qué sensibilidad, qué belleza y qué discusiones son estas con que te me vienes? ¡Maldito lenguaje introducido en España para imposibilitar los progresos de su saber!²⁴.

Por otra parte, Sempere y Guarinos incluyó un comentario de la *Filosofía* en su *Ensayo*²⁵, donde subraya sus líneas maestras: criticar la «sobrada veneración a los antiguos en materia de artes y ciencias, y particularmente en la elocuencia», «hacer la

²⁰ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Madrid, Antonio de Sancha, 1777, p. XVII.

²¹ *Ibid.*, p. III-V.

²² *Ibid.*, p. V.

²³ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Londres, H. Bryer, 1812, p. VIII.

²⁴ Juan Pablo FORNER, *Exequias de la lengua castellana*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1952, p. 87.

²⁵ Juan SEMPERE Y GUARINOS, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, Imprenta Real, 1785-1789, t. II, p. 136-138.

apología de nuestro siglo» y criticar a quienes «fundan el amor de la patria» en el amor a «sus ridiculeces»; asimismo destaca la intención de Capmany de escribir una «retórica filosófica».

Años después escribiría Alcalá Galiano que la *Filosofía de la elocuencia* llegó a alcanzar celebridad, pero mereció pocos elogios, «principalmente por desdecir mucho su contenido de la arrogante promesa de su título, pues no pasa de ser un tratado vulgar de retórica al uso antiguo en que de filosofía nada se encuentra»²⁶. De manera similar se había expresado Reinoso en la *Gaceta de Bayona*, escribiendo que esa obra era un «mal libro sobre la elocuencia, falto de filosofía y lleno de minucias pueriles»²⁷.

Las citadas obras de Capmany, junto con el *Arte de traducir el idioma francés al castellano*, conforman su primera etapa filológica y definen esencialmente su posición política en aquellos años. La segunda etapa estaría marcada paradigmáticamente por su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* (1786-1794). Los objetivos de esta obra son muy diferentes a los que manifestó en la *Filosofía*. En el «Discurso preliminar» del *Teatro*, en 1786, anuncia que escribe esta obra para «dar una perfecta idea a los extranjeros del valor de nuestra lengua» y del «aprecio que merecen muchos de nuestros escritores que [los extranjeros] calumnian y no conocen». Evidentemente, el Capmany reivindicativo de los valores patrios ha sustituido al autocrítico de sus primeras obras, en las que proponía una emulación de los extranjeros a costa del legado español.

Pero no podemos pensar que Capmany ha pasado de un extremo a otro. No, ahora simplemente quiere reivindicar lo mejor de nuestra literatura, la del siglo XVI y parte del XVII, negando, eso sí, el valor del barroco español. A fin de cuentas, se está mostrando como un neoclásico español, que comparte gusto con el clasicismo francés. Es una actitud moderada, razonable, que intenta ver lo que de bueno y malo posee cada literatura:

¿Quién ha dicho que todos nuestros autores son dignos de alabanza; ni que todas las obras que escribieron los más célebres les han dado esta celebridad [...]? Ninguna nación debe defender su reputación literaria defendiendo indiscreta e indistintamente todas las obras de sus escritores, con la celebridad extrínseca y accidental que les ha tributado algunas veces la pasión o la

²⁶ Antonio ALCALÁ GALIANO, *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*, Madrid, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, 1844, p. 385-386.

²⁷ *Gaceta de Bayona*, 24-XI-1808. Estas opiniones provocaron una polémica entre Reinoso y un defensor de Capmany (el Dr. Berengena) en las páginas del *Correo literario y mercantil* y en la *Gaceta de Bayona* durante 1828 y 1829 (Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, op. cit., p. 443-444).

parcialidad, y otras una ciega tradición. El mérito debe ser real e intrínseco, tan conocido de los propios como de los extraños²⁸.

Capmany reivindica esencialmente, literaria y políticamente, el Siglo de Oro español, el siglo XVI:

Bajo de cualquier aspecto que contemplemos el siglo XVI, no podemos negarle el renombre que justamente mereció de siglo de oro; ahora sea con respecto al número y mérito de grandes escritores que ilustraron a la nación española, al paso que sus invictos capitanes extendían su señorío y la majestad de su nombre por casi toda la redondez de su tierra²⁹.

Más adelante, Capmany se presenta como un patriota moderado, sensato, equilibrado, contrario a quienes aborrecen todo lo extranjero, a esos apologistas indiscriminados de todo lo español, quienes, sostiene, perjudican más que benefician a España:

Defiendan los modernos apologistas nuestros libros, nuestros poetas, nuestros oradores; prefieranlos a los extranjeros si quieren; loable empresa, y más loable si nuestra causa no se empeora, como acontece muy a menudo en muchas causas, por la poca habilidad de los defensores. A todos cedo en luces y en instrucción para abrazar tan ardua, honrosa y delicada empresa; mas a ninguno en amor de mi patria, que no debe ser amor niño ni ciego. Créolo así porque he advertido diferentes maneras de manifestar este amor: unos lo muestran aborreciendo a los extraños; esto es barbarie. Otros pintándonos superiores a todos; esto es soberbia. Otros retratándonos perfectos y primeros en todo; esto es vanidad. Si me dicen que con estas armas nos acometen los extranjeros, diré yo que estos son unos imprudentes, unos presuntuosos y unos embusteros, y sería defender muy mal nuestra causa imitando a nuestros contrarios en la ligereza de su juicio y en la debilidad de sus razones. Confesar nuestros defectos es graduarnos de justos; callar nuestras imperfecciones, de prudentes; celebrar lo mucho bueno que tenemos, de imparciales; escoger lo sobresaliente, que no es poco, de sabios; [...]³⁰.

El Capmany del *Teatro* pretende ser apologista de España, pero no de manera indiscriminada, burda y autolesiva, sino de forma inteligente, seleccionando y mostrando lo mejor de nuestros autores: «Deseoso yo de dar nuevas armas a nuestros apologistas en el ramo de la elocuencia, he trabajado la presente obra a trueque de ser llamado ‘colector’, ‘compilador’ o ‘recopilador’, porque he preferido la reputación de mi país a la mía propia, que podrían granjeármela otras tareas, quizás con esperanza de medras reales en mis intereses»³¹. Como se ve, no olvida presentarse como patriota, aunque ello, dice afectadamente, pueda perjudicar sus intereses personales. Por aquellos

²⁸ Antonio de CAPMANY, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, Madrid, Antonio Sancha, 1786, t. I, p. V y XX.

²⁹ *Ibid.*, p. XXXVII.

³⁰ *Ibid.*, p. XCII.

³¹ *Ibid.*, p. XCIII.

años, entre 1785 y 1789, busca la amistad de Floridablanca y Llaguno para que le sea remunerada su labor «acerca de la composición y publicación de dos de sus obras: la edición crítica del *Libro del Consulado del Mar* y la de las *Ordenanzas Navales de Aragón*», objetivo que alcanzó³².

No hay duda de que el Capmany de 1786 se autorretrata como un patriota, que ama su país, su lengua y sus escritores. Pero no por ello ha perdido la ecuanimidad y ha olvidado el reconocimiento de los valores extranjeros: en las «Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana», capítulo preliminar de su *Teatro*, observamos que sus elogios a la lengua española no impiden que reconozca el carácter de lengua franca de la francesa, «lengua universal, porque se ha hecho el idioma vulgar de las artes y ciencias», y que a pesar de defectos relativos a su potencialidad literaria, le reconozca «corrección, pureza, claridad y orden». Incluso señala la superioridad del francés sobre el español por lo que se refiere a las «voces técnicas»: «Nuestra lengua, es verdad, no está tan ejercitada como la francesa en los ramos de astronomía, física, hidráulica, metalurgia, química, etc., por consecuencia será más escaso nuestro diccionario que el de aquella nación»³³. A pesar de ello, Capmany rechaza la necesidad de acudir a la lengua francesa para crear voces nuevas; a cambio propone acudir al latín y al griego, pero sobre todo a la lengua oral de los españoles.

En general, defiende que la riqueza del francés se basa en «el tesoro adventicio y casual del cultivo de las artes y ciencias naturales» por parte de sus autores, mientras que la riqueza de la lengua española se basa en sus valores naturales, de ahí el valor de nuestra cultura popular. La reivindicación española de lo popular se inscribe en un ambiente europeo de rebelión contra el «imperialismo» cultural francés y se inspira en las teorías de Herder. Para sortear la tan aceptada ventaja francesa en literatura escrita y culta, Capmany enfatiza en su *Teatro* el valor de nuestra tradición oral y de la lengua popular; el pueblo español está por encima de todos los demás gracias a su lengua:

Cuando todos nuestros libros no ministren armas para sostener esta arrogante proposición [el español es la lengua más elocuente], bastarían las copiosas colecciones que se pueden formar de las cosas grandes, sublimes y graciosas que nuestro pueblo, nuestro obscuro y festivo vulgo, derrama y ha derramado en

³² José SIMÓN DÍAZ, «Correspondencia de Capmany con Floridablanca y Llaguno», *Aportación documental para la erudición española. Segunda serie*, recopilación y transcripción de José Simón Díaz, Madrid, CSIC, 1947, p. 8-13.

³³ Antonio de CAPMANY, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, op. cit., t. I, p. CXXX-CXXXII.

todos tiempos con la desgracia de que ni la escritura ni la tradición las hayan conservado³⁴.

A pesar de ese progresivo acercamiento al nacionalismo cultural, disponemos de un documento en el que se comprueba que el Capmany de 1787 todavía militaba en el cosmopolitismo y en el respeto a Francia: se trata del informe que, como censor, realizó sobre un manuscrito titulado *Respuesta del organista de Móstoles a la carta de su amigo el sacristán de Berlinches*. En él explica que este escrito se inscribe en la línea de las «impertinentes y superficiales apologías literarias» de España y que, además, «se esfuerza en vindicar la reputación de nuestros poetas dramáticos contra los autores franceses». Su dictamen es:

[...] no es tolerable en buena política, ni en buena crianza, que se vilipendie a los escritores de otra nación, y mucho menos que se insulte con palabras de mofa y menosprecio al nombre y cuerpo entero de la misma nación. Así, es preciso borrar de este papel, para que pueda correr con licencia, las expresiones de burla, de provocación, y aun de sedición, que he notado contra la Francia³⁵.

Por otra parte, la defensa de lo moderno con que se caracterizaba Capmany en 1777 experimenta en 1786 algún cambio: en el *Teatro*, tras adjudicar al siglo XVI el título de «siglo de oro», concluye que «en España no hubo más que dos tiempos en materia de elocuencia: un siglo de imitación de los antiguos [el XVI], y otro siglo del abuso del ingenio humano [el XVII]»³⁶. El Capmany de los años ochenta era menos fervoroso de los modernos y había recuperado el gusto por los clásicos. Si el Capmany de los setenta se presentaba como militante del filosofismo, cosmopolitismo, enciclopedismo y la renovación, a mediados de los ochenta su posición se había desplazado, haciendo hincapié en los valores patrios y relegando los de otros países, y descubriendo el valor de la tradición frente a la modernidad.

Resulta importante subrayar el contexto en que apareció el *Teatro* de Capmany, poco después de las tremendas críticas a España de Masson de Morvilliers (*Encyclopédie méthodique*, 1784), que provocaron un incidente diplomático entre España y Francia e iniciaron una nueva y polarizada controversia nacional sobre el valor del legado español y de su recepción en el extranjero. Desde instancias oficiales se promueve la necesidad de publicar antologías y ediciones de autores españoles, para mostrar a los extranjeros el valor de nuestro legado. Además, muchos letrados

³⁴ *Ibid.*, p. CI.

³⁵ José SIMÓN DÍAZ, *Aportación documental para la erudición española. Primera serie*, Madrid, CSIC, 1947, p. 6-7.

³⁶ Antonio de CAPMANY, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, op. cit., t. I, p. XXXIX.

españoles, reformistas en el campo de la política, clasicistas en el ámbito del gusto y cosmopolitas –es decir, cumplían los requisitos del europeísmo de la época–, comenzaban a cansarse de que todos los esfuerzos de incorporación a Europa que España venía haciendo en las últimas décadas fueran ignorados por los extranjeros. De esta manera, el tibio patriotismo de esos autores se fue reforzando en aquellos años, como reacción ante el insistente y enquistado antiespañolismo foráneo. Crecieron, así pues, las reivindicaciones del legado cultural español, como sucedió en el *Teatro* de Capmany.

Era lógico que esta obra fuese recibida como una contestación al menosprecio de los extranjeros. Por ejemplo, el *Diario curioso, erudito, económico y comercial* publicó una reseña anónima en la que se destaca la oportunidad de la obra de Capmany: «Esta obra sale a la luz en el tiempo más oportuno para destruir las preocupaciones de los extranjeros contra nuestra literatura». Y subraya que con ella se da a conocer el valor de nuestros mejores prosistas, desconocidos por los malos apologistas de España. Gracias a ella, la lengua española recuperará «aquel antiguo esplendor» y se desnudará de «los vicios que en el día la afean por la contaminación, y que son tan comunes en las malas traducciones modernas»³⁷. El reseñador agradece que el discurso preliminar de esta obra sea «una completa vindicación» de la lengua castellana³⁸.

Ya antes de que el *Teatro* se publicase, apareció un «Prospecto» en el *Memorial Literario* donde se manifestaban las intenciones de Capmany, quien «deseoso de dar a los extranjeros y a sus patricios una general y perfecta idea de la abundancia, hermosura, majestad y armonía de la lengua castellana», había decidido dar al público esta colección de fragmentos en prosa de los mejores escritores españoles. Con ello, pretende restaurar el crédito de nuestros buenos «escritores antiguos» y contribuir a la restauración de la lengua castellana, «tan desfigurada en estos últimos tiempos con pésimas traducciones», «y a la propagación de nuestro idioma en los países extranjeros»³⁹.

También en el *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* se elogia a Capmany, en medio de fuertes reproches a la «mala crítica» que entonces se

³⁷ *Diario curioso, erudito, económico y comercial*, nº 153, 30-XI-1786, p. 241.

³⁸ Sin embargo, la recepción que los censores de la obra, los hermanos Guevara (Ramón y José), concedieron al *Teatro* fue crítica con la selección de autores y de pasajes concretos, principalmente por su preferencia por autores modernos y por la exclusión de sermones. En consecuencia, piden una reforma profunda de la obra (Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, op. cit., p. 419-426).

³⁹ *Memorial literario*, «Prospecto», t. V, mayo 1785, p. 13-22.

hacía en España y al despilfarro de las energías de muchos buenos autores españoles, «continuamente envueltos y enredados en miserables contiendas». Afortunadamente, escribe el anónimo reseñador refiriéndose a Capmany, hay excepciones: «¡Ah, buen bachiller Pedro Fernández!, tú eres acaso el único que ha producido nuestra época digno de ser propuesto por modelo a tus coetáneos, tú solo eres capaz de ejercitar la crítica» dignamente, «pero tu pluma se desdeña de salir a campaña entre tantos ruines pigmeos, y solo se muestra alguna vez a favor de la verdad desvalida»⁴⁰.

El *Espíritu de los mejores diarios* volvió con el *Teatro*, reproduciendo una reseña favorable a la obra de Capmany aparecida anteriormente en las *Efemérides de Roma*, que recomendó esta obra por su excelencia y, además, por el prestigio de su autor, al que «más de una vez hemos hecho la justicia que se merece la aplicación, el buen gusto y el talento». Se destaca la finalidad de Capmany en este trabajo, «dar a los extranjeros y a sus conciudadanos una idea general y perfecta de la belleza, riqueza, majestad y armonía del idioma español» y de sus mejores autores en prosa. Resume el contenido de los cuatro primeros tomos, elogia especialmente el «excelente discurso que se halla a la frente de esta obra» y destaca el análisis crítico e histórico de la lengua española, subrayando su comparación con las demás lenguas vivas. La conclusión del periódico italiano fue: «En fin, esta obra merece por todos respectos la atención de los nacionales y todo el aprecio de los extranjeros»⁴¹. También el *Memorial Literario*⁴² anuncia la aparición de los tomos 3 y 4 y ofrece un resumen de su contenido.

Años después, las *Variedades* de Quintana trataron elogiosamente el *Teatro*: en esta obra se juzgó con sabia crítica y discernimiento los autores españoles, es «una de las obras más útiles que poseemos»⁴³. También las *Efemérides* de Velasco publicaron un anuncio de venta del *Teatro* de Capmany donde se incluía un resumen de su

⁴⁰ *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, n° 131, 2-VI-1788, p. 9-16.

⁴¹ *Ibid.*, n° 183, 1-VI-1789, p. 134-135.

⁴² *Memorial literario*, t. LV, febrero de 1788, p. 252-253.

⁴³ *Variedades de ciencias, literatura y artes*, 1805, t. V, p. 356. Evidentemente, aun no había comenzado la enemistad entre Quintana y Capmany. Este asistía a la tertulia de Quintana, que duró hasta 1808; quizás es allí –también en las *Vidas de españoles ilustres* (Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l’Espagne des Lumières*, op. cit., p. 406-409 y p. 456) y a raíz de la publicación de la *Centinela*– donde debamos encontrar la semilla de sus públicos enfrentamientos posteriores. Escribía Elías de Molins: «Antes de romper Capmany toda relación con Quintana, asistía a las tertulias que la gente moza y aficionada al estudio se reunía en casa de este (*sic*). La diferencia de edad o la disparidad de ideas de escuela, que entonces traía divididos a los escritores, fue motivo de que Capmany no encontrara las atenciones y respeto debidos, obligándole a retirarse por completo de aquellas reuniones» (Antonio ELÍAS DE MOLINS, *Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX*, Barcelona, 1889, t. I, p. 390). Sobre la polémica con Quintana, véase Dérozier (Albert DÉROZIER, *Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid, Turner, 1978, p. 277, 353 y p. 657-661) y Étienvre (Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l’Espagne des Lumières*, op. cit., p. 294-298 y p. 451-465).

contenido⁴⁴. La *Minerva* de Olive incluyó una reseña muy elogiosa del *Teatro*⁴⁵, lo que, tras otra favorable recensión en las *Nuevas Efemérides*⁴⁶ de Olive, parece confirmar la buena relación entre Capmany y Olive, el periodista más prolífico de la época, más moratinista que quintanista⁴⁷.

En síntesis, es indudable que el *Teatro* de Capmany gozó de una favorable recepción en los años de su publicación, a pesar de que años después Alcalá Galiano escribiera que en esta obra, Capmany:

[...] juntó trozos selectos de escritores castellanos desde el nacimiento de la lengua hasta fines del siglo XVII, con lo cual hizo un servicio al idioma patrio, si bien en los juicios que formó de cuyas obras daba retazos, entre bastantes aciertos no dejó de cometer algunos yerros graves, y en su discurso preliminar se manifestó preocupado y ligero, a que se agrega podersele tildar con justicia de haber omitido en su colección autores que bien merecían ocupar en ella alguna parte⁴⁸.

Lo cierto es que todavía en 1791 Capmany es un autor bastante imparcial y moderado; todavía no ha asumido el papel antifrancés que poco después iba a desempeñar tan radicalmente: en la censura, de 9 de junio de 1791 que firmó sobre la *Historia Crítica de España*, de Juan Francisco Masdeu, reprocha «el empeño que descubre el autor sin disimulo pretendiendo defender la nación española a costa del crédito de otras y de la reputación de autores extranjeros que, por su celebridad a lo menos, eran acreedores a ser tratados con más decoro», autores en los que Masdeu supone «intenciones malignas» contra los españoles; «esta conducta es falta de urbanidad, es encono antipolítico, es propiamente una hostilidad, es declarar la guerra a las demás naciones»; y además, «el empeño del autor se dirige principalmente a hacer ridículos y odiosos a los franceses». Capmany atribuye a Masdeu la presuposición de que los españoles se solidarizarían con su obra cuando viesan que en ella se criticaba fuertemente a los franceses: «si el autor contase más con la verdad que con la venta de su obra, no tomaría pretexto de zaherir a los franceses modernos». En definitiva, la obra de Masdeu es una apología impertinente de nuestra nación, y toma siempre la palabra «francés o franceses», como «epíteto de desprecio, de irrisión y acaso de odio y de

⁴⁴ *Efemérides*, 1804, t. I, p. 207.

⁴⁵ *Minerva*, 1807, t. VI, p. 187-190.

⁴⁶ Me refiero también a la positiva reseña sobre el *Nuevo Diccionario* de Capmany (Antonio de CAPMANY, *Nuevo Diccionario francés-español*, Madrid, Sancha, 1805, t. II, p. 360-364 y p. 374-376. Edición aumentada: Madrid, Sancha, 1817).

⁴⁷ José CHECA BELTRÁN, *El debate literario-político en la prensa cultural española (1801-1808)*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2016.

⁴⁸ Antonio ALCALÁ GALIANO, *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*, op. cit., p. 385-386.

enemistad nacional». A la vista de todo ello, solicita al autor una serie de correcciones en la línea señalada, tras lo cual «podrá concederse al autor la licencia que solicita para su impresión»⁴⁹.

Muy poco después, comienza a apreciarse en Capmany un cambio decisivo, obviamente influido por la guerra contra Francia y los acontecimientos revolucionarios en la nación vecina. En esta tercera etapa su autorrepresentación patriótica se intensifica y su pasión por lo moderno y lo extranjero ha desaparecido. Representativas de estos años son varias cartas al *Diario de Madrid* (de 1801), reproducidas y estudiadas por François Étienvre⁵⁰, el *Nuevo diccionario francés-español* (1805), la *Centinela contra franceses* (1808), su polémica con Quintana (1811) y su nueva edición de la *Filosofía de la elocuencia* (1812).

Dichas cartas demuestran ya un nacionalismo galófobo que Capmany prefirió ocultar públicamente (las escribió con seudónimo) porque el incierto momento político no aconsejaba mostrarse decididamente antifrancés y partidario del «carácter nacional». En una de las cartas defiende la fiesta de toros, en contra de la opinión de Floridablanca, Jovellanos, Campomanes y Aranda, que se opusieron a las corridas por «motivos a la vez económicos, morales y de reputación nacional». En otra carta, «contra las pésimas traducciones», va más allá de la crítica contra los malos traductores:

Gracias a la moderna currutaquería traductora y filosofadora, que parece ser avergüenza de tener la fe de bautismo escrita en español, estos señoritos «amables» y «sensibles» no contentos de introducir su nueva parla sentimental pretenden que enamorenos, que riñamos y que aun suspiremos a la inglesa, a la francesa y a la alemana. ¿Si lograrán trastornar nuestras costumbres que, buenas o malas, forman como en todos los pueblos el carácter nacional?

Como se ve, la crítica filológica de Capmany contra los «señoritos lengüeteros que estropean su idioma patrio con jerigonzas afrancesadas» contiene un trasfondo político innegable⁵¹.

En el *Nuevo Diccionario* subraya Capmany el enorme esfuerzo que le ha costado la redacción de esta obra, un sacrificio que ha aceptado solo por patriotismo: «No hablaré aquí de lo que me ha costado este testimonio de mi celo nacional y de mi amor a la lengua patria; esto solo yo lo sé [...]. No son menos de seis años los que he gastado en esta lucha...». Se muestra como el pionero en este tipo de diccionarios francés-español,

⁴⁹ François ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, op. cit., p. 434-438.

⁵⁰ Edición por François ÉTIENVRE de Antonio de CAPMANY, *Centinela contra franceses*, op. cit., p. 99-109.

⁵¹ Antonio de CAPMANY, *Centinela contra franceses*, op. cit., p. 99-107.

aunque también reconoce que tuvo como referencias los de Cormon y Gattel, con muchos yerros e imperfecciones, dice Capmany:

Avergonzado yo, como debiéramos estarlo todos los españoles de que aún en este ramo de literatura, convertido dentro de nuestra propia casa en comercio y tráfico pasivo, hubiésemos de mendigar más tiempo de manos extranjeras los socorros de un diccionario francés-español, emprendí la lectura, y con ella la reforma de todos, corrigiendo al principio los yerros y groseras equivocaciones, y rectificando, aclarando o supliendo lo inexacto, obscuro o falto de todos ellos.

Uno de sus objetivos principales era el de «atajar el contagio que ha cundido en nuestro idioma con la corrupción de las malas traducciones»⁵².

En cuanto al léxico elegido, manifiesta que no ha querido «pasar plaza de novador» y que ha omitido «las voces revolucionarias de Francia, que con tanta recomendación anunciaron Cormon y Gattel en sus últimas impresiones», porque, añade, no pertenecen a la lengua, ni a «un sistema constante de la nación»; «tales voces no admiten traducción en español, ni aplicación racional ni análoga a nuestra vida política, ni civil». Junto a estas opiniones políticas, Capmany no omite enjuiciar la riqueza de ambas lenguas: el propio lector podrá realizar «el cotejo de la abundancia y variedad de la lengua española, que aventaja en estas y otras calidades a la francesa»⁵³. En efecto, los tradicionales defectos achacados al español en comparación con el francés son negados aquí por el autor catalán:

[...] los más desafectos a nuestra lengua hallan, según dicen, más exacta y copiosa la francesa para las materias filosóficas y científicas, en cuya traducción tocan la esterilidad de la castellana. Estos españoles bastardos confunden, en primer lugar, la esterilidad de su cabeza con la de su lengua, sentenciando que no hay tal o cuál voz porque no la hallan. ¿Y cómo la han de hallar si no la buscan ni la saben buscar? ¿Y dónde la han de buscar si no leen nuestros libros? ¿Y cómo los han de leer si los desprecian?⁵⁴

Por tanto, para Capmany el castellano no es inferior al francés, aunque en el campo de las «voces didácticas» reconoce que «han hecho más progresos sus escritores que los nuestros». Pero eso no significa que el francés sea superior, porque ello sería «confundir el lenguaje de los autores con el de la nación o, por decirlo de otro modo, el idioma de las ciencias con el de la vida común y trato civil»⁵⁵. Esencialmente, la lengua castellana está por encima de la francesa.

⁵² Antonio de CAPMANY, *Nuevo Diccionario francés-español*, op. cit., p. I-III.

⁵³ *Ibid.*, p. VIII-IX.

⁵⁴ *Ibid.*, p. XIV-XV.

⁵⁵ *Ibid.*, p. XX-XXI.

El *Memorial Literario* de los hermanos Carnerero incluye una reseña de Mariano de Carnerero sobre el *Nuevo Diccionario* en la que relaciona el «distinguido mérito» de esta obra de Capmany con el «tesoro» que gracias a ella gana la filología española: «la nación en general experimentará desde la publicación de esta obra infinitas ventajas». Carnerero se solidariza con las opiniones del autor cuando rebate que la lengua francesa sea más apta que la española para materias filosóficas y científicas, y asume la idea de que los españoles bastardos que defienden esto confunden «la esterilidad de su cabeza con la de su lengua». Por tanto, concluye elogiando esta obra, «ya nacional», y a su autor, por el «beneficio que ha hecho a su nación y a su lengua», ya que mejora notablemente «los pésimos diccionarios de que estaba surtida la nación»⁵⁶. Junto a ello, Carnerero destaca los beneficios simbólicos que España obtendrá gracias a esta obra.

Variedades de Quintana dedicó una positiva reseña al *Nuevo Diccionario* de Capmany. Posiblemente escrita por el propio Quintana, se hace eco de la pasión de Capmany por la lengua popular y lo parafrasea cuando subraya que la comparación entre dos lenguas deberá hacerse basándose en las voces que constituyen «la lengua nativa y natural» de cada una de ellas, y no en las aportaciones de sus autores cultos, porque no se puede «confundir el lenguaje de los autores con el de la nación». Es decir, los autores franceses podrían ser superiores a los españoles, pero no lo es la lengua francesa con respecto a la española. Aún no se había desatado la enemistad entre los dos autores españoles. El autor de la reseña considera a Capmany como un ingenio que destaca entre «la caterva de los corruptores de la lengua española». Afortunadamente, aparece ahora este encomiable libro de Capmany, que con «loable celo» y «vastos conocimientos» contribuirá a resolver esa situación. Se concluye así: «Es ciertamente loable la modestia del autor, que después de seis años de un trabajo ímprobo y continuo todavía encuentra imperfecta una obra digna de admiración y elogio por todas sus circunstancias»⁵⁷. También las *Nuevas Efemérides* de Olive reseñaron muy elogiosamente el *Nuevo Diccionario* y, más adelante, insertaron una carta de Capmany sobre este asunto⁵⁸.

A propósito de la contemporánea oposición entre quintanistas y moratinistas, escribía Alcalá Galiano que:

⁵⁶ *Memorial literario*, 1805, t. III, p. 381-396.

⁵⁷ *Variedades*, 1805, 2º, t. IV, p. 114-124.

⁵⁸ *Nuevas Efemérides*, 1805, t. II, p. 360-364 y p. 374-376.

la literatura madrileña estaba en 1805 casi dividida en dos bandos [...]. En la formación de estos bandos influían variedad o contraposición en las doctrinas, así literarias como de otra clase, no dejando de influir estas últimas en aquellas, y viceversa, o razones privadas, ya de piques y resentimientos, ya de celos y ambición de ocupar puestos absoluta o relativamente superiores⁵⁹.

Aclara que hubo «literatos» que no formaron parte de ningún bando. Una de las huestes político-literarias estaba «patrocinada por el gobierno, o digamos por el Príncipe de la Paz», y formada por Moratín, «nada amante de la libertad política, y muy bien avenido con la autoridad, aun la de entonces, a cuya sombra medraba, y también dominaba». En esta hueste formaban también Estala y Melón; el triunvirato tenía pocos «secuaces». Sin embargo, Dérozier sostenía la existencia de un «cuarteto autocrático», donde también incluía a Capmany (Melón, Capmany, Tineo y Moratín), que agotaron «su tiempo y sus energías en satisfacer venganzas personales, favorecer a sus protegidos, animar a sus amigos y arruinar a sus enemigos, y, ante todo, halagar» a Godoy⁶⁰. Creo que hay mucho de verdad en lo que escriben estos dos autores: es posible que el Capmany de 1805 no militase abiertamente en el grupo de Moratín, pero sí que lo hiciese de manera tibia, ambigua, precavida.

En cualquier caso, la recepción crítica del *Nuevo Diccionario* en el momento de su aparición fue mayoritariamente positiva: no podía ser de otro modo, porque era una valiosa aportación a la filología española y porque habría sido antipatriótico criticarla. Sin embargo, sí fue objeto de polémica años después por cuestiones puntuales⁶¹ y por un artículo anónimo aparecido después en la *Gaceta de Bayona*⁶², donde se censura a Capmany por haber plagiado el *Diccionario universal francés-español* de Antonio María Herrero (Madrid, 1744). Tras reproducir algunos ejemplos del plagio, puede leerse allí: «No es esta la sola ocasión en que se mostró poco delicado en apropiarse lo ajeno, vicio vergonzoso que debiera dejar a los folletistas mendicantes. Pero esta vez excedió a los más alentados en el oficio, con la expoliación de un volumen de casi mil páginas»⁶³. Es cierto que Capmany solo declara haber tomado como referencias los diccionarios de Cormon y Gattel, y que no declara sus deudas («esta usurpación que

⁵⁹ Antonio ALCALÁ GALIANO, *Recuerdos de un anciano*, Madrid, Librería de Perlado, Páez y Cía., 1913, p. 63-65.

⁶⁰ Albert DÉROZIER, *Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, op. cit., p. 183-184.

⁶¹ La profesora Étienvre (*Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, op. cit., p. 439-443) reprodujo las cartas que la *Gaceta de Bayona* publicó (10 y 30 de octubre de 1805) de un anónimo y del propio Capmany a propósito de la voz «orfebre».

⁶² *Gaceta de Bayona*, 21-IX-1829.

⁶³ Véase Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, op. cit., p. 276 y p. 444-450.

hallará cualquiera en el cotejo de los dos diccionarios») con Herrero («calló su nombre que a ley de justicia y de honor debiera proclamar»); asimismo, es cierto que no fue la primera vez, ni la última, en que plagió la obra de otros autores⁶⁴.

Las obras de esta tercera etapa de Capmany se caracterizan por un exacerbado nacionalismo y por una autorrepresentación que pretende «limpiar» sus «excesos» ideológicos anteriores. En estos años, cuando las circunstancias políticas son extremas, y extrema es también la situación personal de Capmany, que desposeído huye a Andalucía, la obra filológica de nuestro autor se impregna de militancia antifrancesa y de un militante nacionalismo; escribe en 1808: «no es este tiempo de estarse con los brazos cruzados, ni con la lengua pegada al paladar el que puede usar el don de la palabra para instruir y alentar a sus compatriotas». Pocos vestigios de imparcialidad le quedan a nuestro autor. Ahora se acoge a la protección de Lord Holland⁶⁵, a quien dedica la *Centinela*: ese «sabio inglés, siempre amante de España y de los españoles». Naturalmente, Capmany se presenta como acérrimo anglófilo y extremado galófobo, congratulándose, junto a Lord Holland, de la alianza angloespañola: «desde que la lealtad española abrió a la generosidad inglesa el gran teatro de esta península». Capmany manifiesta que él, que durante tantos años viene empleando su pluma y su celo para honrar y glorificar a su nación, cómo podría permanecer mudo ahora que «el enemigo de la Europa maquina su esclavitud o su desolación». Por tanto se apresta a la «tan santa empresa» de luchar contra Francia: «Con la guerra vengaremos de una vez tantos agravios como hemos padecido veinte años seguidos [...]. Con la guerra abriremos nuestros puertos, cerrados tres años hace por obedecer los bárbaros y antipolíticos decretos del rabioso Napoleón», que pretendía así «bloquear y hambrear a

⁶⁴ Además del plagio de la *Encyclopédie* que llevó a cabo en la edición de 1777 de su *Filosofía de la elocuencia* (véase José CHECA BELTRÁN, «Una retórica enciclopedista del siglo XVIII», *art. cit.*), en la edición de 1812 aparece algún nuevo plagio: el de la *Traducción de Longino*, realizada por Boileau, de donde Capmany copió sin citar su origen al menos un párrafo, señalado en la *Gaceta de Bayona* y transcrito también por Étienvre (*Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, *op. cit.*, p. 449). Paradójicamente, Capmany fue severo con los plagiarios en su labor como censor: en su censura, de 1777, de la *Noticia y población de las colonias inglesas en la América Septentrional*, libro de Francisco Álvarez, escribe: «Rara manía, y que ahora por desgracia va cundiendo demasiado, la de algunos plagiarios que quieren pasar por autores de lo que no han compuesto [...]. Deberían a lo menos para encubrir su plagio, esmerarse en traducir con tal soltura y propiedad de estilo que su traducción pareciese original. Ni aun este miramiento tuvo don Francisco Álvarez» (manuscrito Real Academia de la Historia, 11/8016).

⁶⁵ Varios investigadores han subrayado el pragmatismo de Capmany, muy preocupado siempre por cuestiones de dinero y por la defensa de sus intereses personales, aun a costa de perjudicar a antiguos valedores, como Olavide, contra quien declaró (François ÉtIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, *op. cit.*, p. 367-382) en el conocido juicio urdido por la Inquisición. Siempre intentó acogerse a la protección de importantes personajes, como hizo con Lord Holland en los últimos años de su vida.

la Inglaterra». Capmany reconoce que esta guerra es terrible, «pero saludable, instrumento para nuestra eterna prosperidad, no nos inocularán más el impío filosofismo y la corrupción de costumbres de sus venenosos libros que tanto daño han hecho en la juventud»⁶⁶.

La nueva edición de la *Filosofía*⁶⁷ corrobora que el Capmany de 1812 no es el de 1777. Tanto su presentación como el contenido de las dos ediciones⁶⁸ de esta obra demuestran su evolución y su propósito de realizar cambios: aunque asegura que su obra fue bien recibida en 1777, «nunca pudo satisfacer mis deseos, ni aquietar mi genio mal contentadizo»⁶⁹. Reconoce en 1812 que con este libro se impuso en 1777 «una gran carga que en realidad fue muy superior a las fuerzas y al caudal de mis juveniles años», de manera que en su nueva versión espera salir «menos desairado que en la primera». Rápidamente aduce motivos patrióticos para explicar la nueva edición:

[...] el dolor de ver que de algún tiempo acá se venden para instrucción de la juventud española *Cursos de bellas letras y Lecciones de retórica*, traducidos ya del francés, ya del inglés⁷⁰, en traje y gesto extranjero ¿no son estímulos semejantes para vengar la lengua, la elocuencia y la Nación? Ya es tiempo de servir a la Patria con puro y ardiente celo⁷¹.

Es cierto que en la edición de Londres continúan las mismas ideas estéticas y lingüísticas, pero hallamos una gran diferencia entre 1777 y 1812: en la primera fecha Capmany se autorretrataba como cercano al enciclopedismo, mientras que en 1812 declara que su objetivo es reivindicar la lengua y la nación española. Dicho de otra manera, si en 1777 salía al extranjero para trasladar a España lo que allí había de positivo (introdujo en España ideas de los enciclopedistas), en 1812 su intención es destacar el valor del legado español, con el fin de manifestar su arrepentimiento por haberle mostrado poco aprecio en 1777.

Ya hemos citado que, para subrayar su adhesión a la modernidad, escribía en 1777: «me disimularán los anticuarios alguna vez la frase, y también la nomenclatura

⁶⁶ Antonio de CAPMANY, *Centinela contra franceses*, op. cit., p. 3-13.

⁶⁷ La *Filosofía de la elocuencia* tuvo las siguientes impresiones: Madrid, 1777; Londres, 1812; Barcelona s.a. Gerona, 1822; Barcelona, 1826; Gerona, 1826; Gerona, 1836; Madrid, 1842; Buenos Aires, 1942; Dublín, 1903 (en inglés). Los seis textos de Madrid, Barcelona y Dublín recogen la redacción original, mientras que los cinco de Londres, Gerona y Buenos Aires adoptan la edición de 1812.

⁶⁸ La de 1777 tenía 232 páginas, la de 1812, 665. Casi el triple. La principal explicación de este aumento de páginas es la masiva adición de ejemplos de autores españoles de los siglos XVI y XVII (la mayoría de los cuales ya figuraban en el *Teatro*), además de la inclusión de dos epígrafes sobre «De la pronunciación» y «De la acción».

⁶⁹ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Londres, H. Bryer, 1812, p. VIII.

⁷⁰ Se refiere a las traducciones que García de Arrieta y Munárriz hicieron de los respectivos textos originales de Batteux y Blair.

⁷¹ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Londres, H. Bryer, 1812, p. VII-VIII.

desconocida en el siglo de los Olivas y los Guevaras»⁷². Estas expresiones han desaparecido en la edición de Londres, donde por el contrario escribe:

No se escandalicen los lectores criados desde su niñez en el lenguaje franco—hispano, si en los ejemplos de españoles rancios que ofrezco a sus ojos, cebados en otro pasto, no encontrarán las palabras favoritas de la moderna moda, como ‘ser supremo, humanidad, beneficencia, sociedad, seres, sentimientos, detalles, asambleas, etc.’, porque en aquellos tiempos no se habían desterrado de nuestra lengua los nombres de ‘criador, Señor, Altísimo, etc.’

Sobre este tipo de vocablos añade: «pues parece afectación olvidarse de estas palabras que huelen demasiado a teología en el reinado de la filosofía»⁷³. O sea, lo rancio frente a la moderna moda, y la teología frente a la filosofía. El autor catalán se presenta ahora como defensor del lenguaje antiguo, con unas implicaciones ideológicas notabilísimas: ya no es partidario de la cosmovisión ilustrada, con sus vocablos correspondientes, sino de la tradición cristiana, olvidada en la edición de Madrid. En la de 1812 aumentan espectacularmente los ejemplos con modelos españoles de los siglos XVI y XVII, con el fin de «hacer lucir y campear la lengua patria»⁷⁴. Determinadas palabras «modernas», «filosóficas», se sustituyen por otras castizas: «sentimiento» se cambia por «corazón», por «afecciones», por «sentimiento moral», por «recto juicio»⁷⁵. La palabra «entendimiento» es sustituida por «mente». «Sensible» es cambiada por «visible y material». «Seres sensibles» se transforma en «entes corpóreos», etc. En síntesis, los cambios entre las dos versiones evidenciaban el deseo de Capmany de sacudirse su pasada fama de galófilo y filósofo.

Asimismo, Capmany ha suprimido en 1812 dos párrafos en los que atacaba el purismo, «afectación minuciosa que estrecha y aprisiona el ingenio» decía en 1777. El propio Capmany debía de ser consciente de su purismo y consideró incongruente respetar aquel párrafo antiguo; lo eliminó en 1812. Es más, incluso se reconoce purista cuando en 1812 añade: «en este cuidado no hallo nimiedad por más que ladren los antipuristas»⁷⁶.

Abundando en el purismo lingüístico, Alcalá Galiano escribió que con el paso de los años Capmany:

⁷² Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Madrid, Antonio de Sancha, 1777, p. XVII.

⁷³ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Londres, H. Bryer, 1812, p. VIII.

⁷⁴ *Ibid.*, p. XIV.

⁷⁵ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Madrid, Antonio de Sancha, 1777, p. 6, 7, 10 y 17 y Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Londres, H. Bryer, 1812, p. 15, 22, 23 y 41.

⁷⁶ Antonio de CAPMANY, *Filosofía de la elocuencia*, Londres, H. Bryer, 1812, p. 116.

[...] dio en presumir de purista, y aun se arrepintió de haberlo sido poco en sus primeras obras, dedicándose en sus últimos días con particular empeño a combatir la corrupción introducida en el idioma castellano. Para esta empresa tenía no pocos conocimientos, pero carecía de disposición natural para poner en práctica lo que recomendaba. Siendo catalán, y habiendo aprendido a hablar y aun a pensar en su dialecto lemosino, manejaba en cierto modo como extranjero el lenguaje castellano, de lo cual se seguía ser escabroso en su estilo, y nada fácil en su dicción⁷⁷.

En conclusión, el Capmany de los primeros escritos filológicos se mostraba como un admirador de Francia, de su lengua, sus autores y su cultura. Se presentaba como un ilustrado, admirador de su siglo, empeñado en trabajar por las reformas que necesitaba España para superar su retraso con respecto a Europa. En los años ochenta se muestra como un autor moderado, equilibrado entre lo nuevo y lo viejo, lo español y lo extranjero, lúcido y ecuánime; es el mejor Capmany. Con el nuevo siglo, el autor catalán decide presentarse públicamente como un patriota radical, nacionalista extremo que repudia a Francia y todo lo que políticamente representaba entonces.

Así pues, desde un inicial radicalismo político, propiciado por un contexto que lo permitía y apoyado por el círculo de personalidades donde se movía –y del que esperaba favores personales–, pasó a una actitud moderada, propia también de una época en la que el reformismo español se estancó y España retrocedió en libertades políticas, para finalmente desembocar –en el contexto de las guerras contra Francia– en una defensa de valores culturales que antes había desdeñado como antiguos, en una actitud antifrancesa de extremo nacionalismo, en un pensamiento poco ilustrado que algunos han tildado de reaccionario⁷⁸.

⁷⁷ Antonio ALCALÁ GALIANO, *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII*, op. cit., p. 385-386.

⁷⁸ La profesora Étienvre (*Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, op. cit., p. 292-298) estima que, en la última etapa de su vida, Capmany era más bien un feroz antagonista de Quintana que un opositor al pensamiento liberal, que tuvo la oportunidad de defender en las Cortes de Cádiz, votando a favor de la libertad de prensa, contra cualquier restricción a la soberanía de las Cortes, a favor de la supresión del Tribunal de la Inquisición.